

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

EL CARNAVAL DE 1856.

Saquillos y saquillazos.—Cultura teatral.—Reuccion.—Bailes.

Principiamos nuestra crónica carnavalesca por los saquillos, y ya se habrá visto que los distinguimos de los saquillazos; porque desde luego se comprende que existe una notabilísima diferencia entre dar y recibir, y porque además en este punto es en el que el Carnaval de este año no ha sido completamente idéntico al anterior. Ciertamente es que había tantos saquillos como en aquel, pero según nuestras noticias no ha sido tan grande en este año el número de los que de grado ó por fuerza se han resuelto á recibirlos. Es decir, que ha habido tantos verdugos como antes, pero menos víctimas. Nada tiene eso de extraño; porque si aun lo bueno puede llegar á cansar, ¿cómo no cansará lo malo?

No se entienda por esto que á la presente fecha no hay quien llora su abollado sombrero, ni quien lamenta sus chichones, ni quien deja de ponerse cataplasmas en algun ojo encarnado como un tomate y gordo como un huevo. De algunos prójimos sabemos que han ido á dar de hocicos contra los pelados chinos de la calle entre las risotadas de las canibales que llenaban los balcones, y de alguno mas nos han dicho que habrá menester ruleta de aquí á Pascua. Sin embargo, repetimos que aunque no ha faltado en ellas el mismo ardor que otras veces para deslomar al prójimo, ello es que este prójimo les ha

economizado mas que otras veces el placer de dejarse deslomar, ora encerrándose en su casa, ora esquivando los sitios mas peligrosos, y ora en fin sublevándose frecuentemente contra la agresión femenina, rompiendo los saquillos ó colgando de ellos animales muertos, amen de lanzar contra sus adversarias nubes de denuestos sacados del enérgico diccionario del muelle.

Las máscaras callejeras han estado muy en baja durante los dos dias que el tiempo les ha permitido lucir sus personas gallardas. No han faltado, sin embargo, pelucas de estopa, caretas de papel de estraza y zapatos sin calcetas. En las noches el gentío ha sido inmenso, los empellones monstruosos, los codazos de aquellos que hunden costillas: la calle Ancha y la plaza estaban deliciosas, y por complemento de aliciente bandadas de pollos sacudían las caras de los transeúntes con unos como plumeros hechos de papel, si bien recibiendo en cambio tal cual bofetón ó bastonazo. Esta plaga le faltó que experimentar á Faraon, acaso porque en tiempo de Moisés no se conocerían otros pollos que los emplumados, que ojalá así se vieran los de las escobillas de Carnaval.

Digamos ya alguna cosa del teatro Principal, único que en tales noches tiene aun el privilegio de solazarse á costa de las cuatro quintas partes de su público.

La primera noche fué digna de ocupar un lugar distinguidísimo en los fastos, no de los teatros, sino de las plazas de toros. ¡Qué alaridos! ¡Qué trompetazos! ¡Qué infernal algazara! Allí llovían frijoles, allí se dejaban caer cartuchos de polvos que ponían á los de las lunetas enharinados como pescadillas de

Domingo 10 de Febrero de 1856.

Ayuntamiento de Madrid

freidor, allí se arrojaban á petición de los voceadores sombreros y capas desde el escenario, allí se alzaba y se bajaba el telón sin haberse oído una sola sílaba de la comedia, y lo que es mas, sin haberse pronunciado tampoco. Muchas personas abandonaron el coliseo casi desde el principio, y otras muchas hicieron propósito firme de no volver. En suma, á cosa de las nueve y media se dió por terminado el espectáculo, y todos salieron preguntándose á sí mismos si no era solemnisima necedad el gastar su dinero para que les hiciesen allí el gallo y el perro, y para ser el blanco del alpiste ó de las habichuelas.

Con tan tristes auspicios se alzó el telón á la siguiente noche; así es que el teatro estaba punto menos que desierto; circunstancia que influyó no poco en el cambio que se notó. Quiso por algunos comenzar á templar la broma; pero las señales mas significativas de reprobacion les impusieron silencio, y la comedia siguió su curso tranquilamente. A la tercera noche la concurrencia, sin ser considerable, era ya numerosa. No obstante eso el público se conservó pacífico, sin ser poderoso á perturbarlo tal cual roción de frijoles que desde las elevadas regiones se arrojaron sobre las lunetas, y que en vano pretendieron resucitar las cultas, sazonadas é ingeniosísimas bromas del domingo.

Este es uno de aquellos casos en que el exceso mismo del mal trae por fuerza el bien, y en que el abuso, llegando á un punto de donde no puede pasar, se acaba por sí mismo. Nosotros comprendemos muy bien que las condiciones del Carnaval permitan en el teatro alguna ligera, pero decorosa y culta libertad, que sazone el espectáculo y anime á la reunion. Esto es lo que sucedía allí en un principio; mas de eso á lo del domingo, de eso á lo de los últimos años, va lo que de una copa de Champagne ó de Jerez bebida para animar un banquete de buen tono, á una borrachera de pita tomada en el asqueroso mostrador de una inmunda taberna.

Pasemos á los bailes, que en verdad no han sido pocos, y en los que ha habido de todo, como es uso y costumbre.

La galante sociedad del Casino, despues de algunas elegantísimas reuniones de confianza, abrió sus lindos salones para un bai-

le de máscaras la noche del lunes. Aunque el local está siempre suficientemente adornado para no exigir ni aun ser susceptible de mayor adorno para un baile cualquiera que él sea, sin embargo, la comision quiso embellecer el hermoso patio del edificio, á fin de que pudiese tambien servir como necesario desahogo. Al efecto hizo colocar en la parte mas alta una techumbre artificial de yerbas y flores, de cuyo centro pendia un pabellon formado de fajas de crespon blancas y encarnadas, las cuales terminaban en los arcos de los intercolumnios, rematando en formas caprichosas y bellas. De los mismos colores era la alfombra, y multitud de arañas y brazos de gas iluminaban aquel improvisado salon con una claridad no menos viva que la del mas esplendente sol. La escalera principal tambien habia sido alfombrada. Los salones altos y el magnifico corredor estaban como siempre brillantísimos.

A las once de la noche setecientas personas ocupaban el edificio del Casino; setecientas personas entre las que se contaba lo mas escogido, bello y elegante de Cádiz. Muchas de las señoras se presentaron ricamente ataviadas; otras, así como la mayor parte de las jóvenes solteras, iban de máscara; pero casi todas se quitaron á poco las caretas, y como llevaban lindos y variados vestidos, ofrecia la reunion toda la encantadora apariencia de un baile de trages. Toda la noche circularon sin interrupcion por los salones y patio bandejas con dulces, con bebidas, y en fin, con esos sabrosos y succulentos emparedados de jamon que constituyen una de las creaciones mas honoríficas para el arte culinario moderno.

En el primitivo plan de la sociedad del Casino entró, segun es sabido, el ofrecer *buffet* á sus convidados, como lo ha hecho siempre; pero la miseria pública, consiguiendo á los pasados temporales, tendia su mano implorando socorro, y el Casino gaditano no desoyó jamás la voz de la afliccion. ¿Quién sino él, durante el pasado azote del cólera, se puso al frente de las suscripciones, organizó los socorros é hizo frente á innumerables necesidades? ¿Quiénes sino los socios del Casino fueron los que entonces, con una heroica y cristiana abnegacion, se lanzaban á los barrios mas contagiados, distri-

buian por su propia mano el pan y la ración á los pobres, á los enfermos, á los desvalidos? Bien sienta el blanco guante sobre unas manos que tantas veces han sido besadas por el pobre y humedecidas por el llanto de la gratitud; y eso lo saben muy bien los individuos todos del Casino, y eso se hará allí siempre, porque el Casino es hijo predilecto de Cádiz, y Cádiz no puede dejar de ser nunca un pueblo espléndido en su caridad. El Casino, por tanto, acordó que la cantidad consignada á los gastos del *buffet* se destinase á atender al sustento de los jornaleros pobres privados de su trabajo por causa del temporal, y fueron en su consecuencia entregados diez mil reales á la comision recaudadora de la susericion abierta al efecto.

Este brillantísimo baile terminó despues de las seis de la mañana, reinando durante todo él esa animacion culta, esa franqueza de buen género que caracterizan á todas las reuniones que se efectúan bajo los auspicios de aquella galante sociedad.

El martes se dió el primer baile de más-caras en el teatro Principal. El Casino habia dejado sin dormir la noche anterior á setecientas personas, y era fuerza que durmiesen en aquella: por otra parte, el Circo tiene aliciente de cierta especie para el paladar de muchas personas, y esas habian emigrado á la calle de la Cerería, hoy de Nieto Molina, donde dicen que estaba el guirigay en todo su esplendor. Estas dos causas desanimaron el Principal, y su hermoso salon, nunca lleno aun en su mayor auge de aquella noche, vino á quedar punto menos que vacío antes de las tres.

Como seguro puede tenerse que no le sucederá tal esta noche. En domingo de Piñata ya se sabe que el baile del teatro es el preferido, y que la reunion es siempre escelente allí.

F. F. A.

AL AMOR.

Amor, amor! ¿cómo eres?
Unos te alaban y miman

Llamándote paraíso,
Copa de placer y dicha.

Otros infierno te nombran
El alma llena de espinas.
¿Eres ilusion acaso?
¿Eres pesar ó delicia?

Eres tormento del alma,
Eres misterioso enigma,
Eres calma, é inquietud
Que dolores origina.

Lágrimas do quiera halla
El que tus llamas aviva,
Y algunos ardiendo en ellas
Placer dicen que le brindas.

Fantasma invisible eres
Creado para desdichas,
O ilusion que nadie entiende,
O del alma fantasia.

Si eres algo, nada eres,
Solo nada es lo que indicas,
Pues que en amor nada y algo
Viene á ser la cosa misma.

(Remitido.)

E. G. M.

POBRE MARIANILLA.

Suceso verídico, escrito en francés por Germond de La-vigne, traducido por Fernan Caballero.

(CONCLUSION.)

Marianilla no pudo olvidar aquel favor, aun sin comprender toda la importancia que tenia. Su protector se ocupaba de ella con mucha bondad cada vez que la hallaba en el campamento inglés, y la pobre niña no tenia mas pensamiento ni mas recuerdo que el de aquel bello uniforme que tan vivamente la habia impresionado.

—Marianilla está enamorada, decian las mujeres; mejor! el amor despabila los sentidos.

—Peor! respondian otras; nada bueno le ha de sobrevenir por querer á un inglés...

Sencilla niña! tu afición al oficial de la guadaña se limitó al principio á una muda contemplacion cuando la casualidad lo ponía ante su vista; mas en breve verlo y admirarlo llegó á ser para ella una necesidad, por lo cual lo buscaba por todo el pue-

blo, y despues de encontrarlo lo seguia por todas partes como un perro fiel.

Cuando el segundo regimiento de guardias salia para algun reconocimiento ó para maniobrar, Marianilla lo seguia de lejos; cuando tenia lugar algun encuentro con las tropas francesas, la pobre muchacha no se hallaba de angustia, y corria hasta ver al oficial; y si le hubiese sido dado, habria hecho un broquel con su propio cuerpo. En una ocasion fué aquel levemente herido; Marianilla no se movió del umbral de su puerta, ni cesó de llorar hasta que se halló restablecido su protector.

Una mañana hubo un movimiento general: órdenes dictadas sigilosamente antes que amaneciese y comunicadas á todos los puestos, pusieron instantáneamente á la division aliada sobre las armas. Marcharon las tropas sobre la fortaleza intentando sorprenderla; pero no faltaba en ella la vigilancia, por lo que el movimiento de las tropas inglesas habia sido notado, y apenas se pusieron en marcha, cuando se bajaron los puentes levadizos de la ciudadela, y las columnas francesas se arrojaron á su encuentro á paso de carga.

Trance grave en la conmovedora historia de la idiota de Boucau!

El encuentro se empeñó; tronó el cañon, y algunos cuerpos del ejército aliado fueron arrojados de los puestos que ocupaban.

Al pié de la ciudadela y debajo de la hilera de sus cañones, se estiende un valle cubierto de helechos, de retamas espinosas y de cerezos, que desemboca hácia Boucau en una estrecha salida. Allí fueron arrollados tres regimientos ingleses, y entre estos se encontraba el segundo de guardias Reales. Sobre esta masa de hombres, apinados en un espacio limitado, hicieron las baterias de la ciudadela un fuego terrible, cayendo las balas sin interrupcion en medio de aquellos batallones, rebotando en el suelo en las pendientes de las alturas, cortando y cayendo árboles mezclados con destrozos humanos.

Un grupo de oficiales se habia reunido al pié del árbol, y allí apoyados sobre sus bastones recibian con estóica calma los tiros que los diezaban. Entre ellos se hallaba el protector de Mariana.

Segun su costumbre habia seguido la inocente á las tropas, y se le habia visto correr ilesa entre las balas, siempre á algunos pasos del oficial. Pero separada de este en la derrota, y detenida por los franceses, se hallaba ahora en un grupo de prisioneros sobre la altura de una colina que dominaba al valle.

Desde allí presencia un horrible espectáculo, desde allí busca ansiosa sus preferidos uniformes, y desde allí descubre á los oficiales de la guardia, y los vé sucumbir uno despues de otro. Uno solo queda ya en pié; ella lo reconoce, y con las últimas balas que arrojan las baterias, cae él tambien entre los muertos. En ese terrible momento Mariana dió un grito y cayó cual él como herida por la misma bala.

Unos parientes que tenia la pobre niña en S. Estéban, aldea situada detrás de la ciudadela, la reclamaron y se la llevaron á su casa. Durante

dos dias Mariana se halló en un estado cercano de la muerte; pero desde el momento que volvió en si, se escapó y corrió hácia la ciudadela.

Diez oficiales del regimiento de guardias habian sido enterrados en el valle al pié del árbol que los vió morir. Contábanse diez tumbas lado á lado. Mariana muda y abatida, se prosternó sobre cada una de ellas, como si hubiese querido preguntarles el secreto que encerraban; despues se encaminó hácia el árbol al pié del cual habian sido amontonados destrozos de armas y ropas, que habian sido recogidos en las cercanias.

Entre estos destrozos se hallaba la empuñadura de una espada que reconoció Marianilla: la recogió, y sonriendo á ese triste trofeo se sentó al pié del árbol, donde permaneció inmóvil todo el dia.

Cuando se acercó la noche, emprendió lentamente la vuelta á S. Estéban llevando entre sus manos la empuñadura de la espada, y al dia siguiente desde el amanecer volvió, se arrodilló sobre cada una de las tumbas, y tornó á ocupar el asiento de la vispera.

Esto mismo hizo la triste Marianilla todo el tiempo que duró el bloqueo. Un dia tan solo regresó á Boucau, siempre callada y taciturna, y pareciendo pedir á las paredes, á los árboles, al suelo, algun recuerdo de su amigo, despues de lo cual se volvió al pié del árbol, que fué en adelante su puesto cotidiano.

Cuando se hizo pública la noticia de la abdicacion de Fontainebleau, se celebró un armisticio, se suspendió el sitio, los prisioneros fueron cangeados, y en los primeros dias del mes de Mayo las tropas aliadas se retiraron y los ingleses se embarcaron. Boucau á quien la entrada de los aliados habia convertido en una ciudad rica y elegante, volvió á su humilde y primitivo ser de aldea de pilotos prácticos, y en breve no quedaron mas huellas de la ocupacion enemiga, sino algunos montecitos coronados de cruces de madera en el valle de Montegut.

Marianilla se habia constituido guarda de aquellas tumbas, y por diez y seis años, no se pasó un dia, lloviese ó ventease, sin que la pobre idiota viniese con la empuñadura de espada en sus manos á sentarse al pié del árbol, en donde permanecia hasta que llegaba la noche.

Muchas veces ensayaron sus parientes de disuadirle de tan penosa tarea, pero inútilmente. Se intentó el impedirselo á la fuerza encerrándola; pero la fuerza logró tan poco como la persuasion, y Marianilla, que se negó á tomar alimento, habria muerto de hambre si se hubiera prolongado esta prueba. «Lo guardo, decia la inocente: duermes, y si yo lo dejase solo los otros lo despertarian.»

Se le quiso hacer entender que su amigo podria no hallarse entre los que en aquel lugar yacian. Si, si, respondia ella, lo vi acostarse allí; me dió su espada y aguardo á que se despierte para devolvérsela.

En 1830 fué enviado de cónsul á Bayona un antiguo oficial de la guardia, Mr. Harvey. Promovió este caballero una suscripcion en Inglaterra con el

fin de adquirir el terreno en que estaban sepultados los diez oficiales muertos el 14 de Abril de 1814. El dicho terreno fué pues cercado de un muro. Se plantaron en él algunos árboles, y se erigió un monumento conmemorativo. Mas todo esto no se pudo hacer sin una decidida oposición por parte de Marianilla, la que lloró, gritó, y cruzó sus manos afligida; esas tumbas, ese árbol, los consideraba la pobre como su propiedad, adquirida por ella por tantos años, por tanta perseverancia y por tantos sufrimientos. ¡Pobre muchacha! y ¿quién cuidaba de ella? Asistió á todos aquellos trabajos siempre sentada al pié del árbol, hasta que se terminaron.

Mas cuando se vió espulsada de allí, herida Marianilla en la sola cuerda sensible de su alma, perdió toda su energía y enfermó. Pero nada pudo contenerla, y á pesar de su progresivo aniquilamiento siguió yendo diariamente hasta la puerta de aquel campo santo, en cuyo quicio se arrimaba de la manera mas lastimosa. Allí aguardaba á que se abriese la puerta, lo que sucedía cuando algun curioso venia á visitarlo; entonces se escurría silenciosamente hasta las tumbas.

Un dia vió que colocaron allí una lápida de mármol, en que estaban grabados los diez nombres de los oficiales y la fecha de su muerte. Si Marianilla hubiese sabido leer, se hubiera convencido que su dolor, esa fidelidad eternecedora que desde veinte años la llevaba allí, era sin efecto, porque entre los diez nombres allí inscritos no estaba el de Sir William Stanley.

Hé aquí como terminó esta triste historia. Un dia, era el 14 de Abril, Marianilla mas macilenta y mas débil que nunca, pero que por instinto sabía que era el aniversario de un suceso infausto, estaba arrodillada ante la puerta del campo santo y lloraba. A mediodía vinieron unos extranjeros acompañados del cónsul Mr. Harvey á visitar el monumento. Entre estas personas venian algunas señoras enlutadas, y con ellas un caballero de unos cincuenta años, de aventajada estatura y grave y digno continente. Parecía que describía á los que le acompañaban aquellos sitios y les contaba los hechos de que fueron teatro, á los cuales debería haber asistido.

Marianilla se hizo á un lado para dejarles el paso franco, y siguió llorando. El extranjero cuyo semblante anunciaba una gran benevolencia, se acercó á ella y le alargó una moneda.

Entonces vió que la pobre tenia entre sus manos la empuñadura de una espada, bruñida por un contacto continuo. Este arma llamó la atención del extranjero, y pareció despertar en él un dormido recuerdo. Acercóse é inclinóse hacia la idiota, y á pesar de sus ajadas facciones, de su destruida belleza y de sus lágrimas, la reconoció:

—Marianilla! exclamó: pobre Marianilla! Al escuchar estas palabras, al oír aquella voz, alzó Mariana la cabeza, se levantó bamboleándose y miró al extranjero.

—Pobre Marianilla! repitió.

Su semblante se iluminó con una sonrisa, en seguida dió un grito. Había reconocido á Sir William.

Dió un paso hacia él, abrió los brazos, quiso hablar y su voz se apagó en un sollozo. La emoción que este encuentro le causara, era demasiado fuerte; no lo pudo resistir: desplomóse y cayó al suelo muerta por la sorpresa y por el gozo.

ADIVINAS POPULARES.

1.
Quien la hace no la quiere,
Quien la ve no la desea,
Quien la goza no la vé.

2.
Un tercero en este mundo
A Dios merced le pidió,
Dios le dió lo que pedia
Y de un cuarto no pasó;
Y al regocijo del cuarto
Se gastó mas de un millon.

3.
Para los niños espinas,
Para los hombres flores,
Para las maestras fruta?

4.
Blanca como la nieve,
Negra como la pez,
Habla y no tiene lengua,
Corre y no tiene pies.

De *El Agente de los Teatros* copiamos lo siguiente.

Como muchas de las óperas cómicas que se estrenan en París, pasan luego traducidas al teatro del Circo de esta corte, creemos que no dejará de excitar la curiosidad una parte de uno de los artículos de crónica musical que el Sr. Peral escribe en «El Correo de Ultramar,» periódico español que se publica en la capital de Francia.

Dice así:

Empezaremos nuestra revista filarmónica por la ópera cómica que acaba de ofrecernos M. Emile Perrin, en su linda «salle Favart,» titulada «Les saisons» (las cuatro estaciones.) Los libretistas ó sea autores de poemas que componen para este teatro, entre los cuales figuran á la cabeza de los mas hábiles y entendidos los señores Scribe, Saint-George y Leuven, componen piezas tan ingeniosas



é interesantes, siendo muestra de ello «Le Domino noir,» «les Mousquetaires de la reine,» «Le songe d'une nuit d'été,» y cien otras que pudiéramos citar, que bastarian la intriga y las situaciones por si solas á cautivar la atención del espectador, sin el poderoso auxilio de la música de los justamente célebres compositores Meyerbeer, Auber, Adam, Halevy, Thomas etc. Pero respecto á la ópera que nos ocupa, no brilla seguramente por la belleza del libretto, cuya idea médica, que dejamos á la discusión de la facultad de Medicina, nos parece apoyarse en un supuesto falso, y como falso inverosímil.

Segun los autores MM. Barbier y Carré, existe en Francia un departamento ó provincia en donde el dormir al sereno produce gota serena; y los jóvenes que tienen la imprudencia de dormirse en el campo se quedan ciegos. Una de estas ciegas es la protagonista de la ópera,—representada por Mlle. Duprez—y la otra ciega, que ni representa ni canta, solo sirve para atravesar la escena como para indicar al espectador que no vaya á aquél pueblo, sobre todo si es dormilón, por el riesgo de cegar; á menos que no sea oculista dedicado á la curación de la catarata, en cuyo caso se le presenta allí ocasion de ganar montes de oro.

El primer acto pasa en verano durante la siega, y el viejo Nicolás, avaro y vengativo, idea toda suerte de enredos para eludir la palabra que tiene empeñada á su hijo Pedro de casarle con la graciosa Simonne. El segundo es en otoño, y el rival despreciado de Pedro Santiago, se ocupa en sus lagares en la fabricación del vino: y la mejor prueba de que este no está todavía bautizado, es que se le sube á la cabeza al iracundo Santiago, y rompe de un trasto la de su rival en un momento de celos y de coraje.

La pobre ciega Simonne, causa inocente de tal catástrofe, huye despavorida de aquellos sitios, con gran satisfacción del viejo avaro, que juzgándose libre de ella finge una enfermedad (que afortunadamente pasa en el entreacto) para mejor obligar á su hijo á casarse con Zenobie, la rica dueña de la mejor hostería del pueblo. El tercer acto pasa en invierno, y ya Pedro ha consentido en casarse con la que no ama, haciéndose cuenta sin duda de que las noches de invierno son demasiado frias para hombres solteros; pero como Dios mejora sus horas, el celoso rival que pegó el tantan en otoño se arrepiente en invierno, y maneja tan bien su intriga, favorecida por la casualidad, que descomponen los planes del viejo avaro Nicolás, le encierra en un cuarto y hace subir á su rival y á su bella ingrata en el mismo carruaje en que Nicolás se proponía llevarla por fuerza, no sabemos si á arrojarla por algun derrumbadero.

Un telon que figura los signos del zodiaco nos hace esperar cinco minutos á que llegue la risueña primavera, y el último acto (que es mas bien una escena) se reduce al casamiento de los felices amantes, y al de la envidiosa Zenobie con el tonto de ordenanza que hay siempre en todas las óperas cómicas.

Mozart.—Después de haber celebrado el día 5

de Diciembre último el aniversario de la muerte de Mozart con una solemne funcion, los filarmónicos de Viena preparan para el 25 del corriente otra fiesta mas brillante con motivo de cumplirse ese día el centésimo año de su nacimiento.

Parece que el célebre Litz dirigirá el gran concierto, compuesto únicamente de obras del insigne autor de don Giovanni. Todas las ciudades de Alemania se disponen á celebrar dignamente la misma fiesta, y la municipalidad de Viena se propone erigir un monumento á la memoria del inmortal compositor.

Por los documentos que ha publicado últimamente un periódico alemán, sabemos que Wolfgang Amadeo Mozart dejó de existir el 5 de Diciembre de 1791. Murió de resultas de un tabardillo, y su cuerpo fué arrojado á la sepultura general de la parroquia de San Estéban, en el hoyo inmenso que servia de depósito para los cadáveres de los pobres. Ni la viuda ni tampoco el director del teatro, que adquirió una gran fortuna con sus obras líricas, pensaron en indicar, siquiera con una modesta piedra el lugar de la sepultura.

Después de activas y repetidas investigaciones, dicen que se ha llegado á descubrir el sitio fijo donde han reposado hasta el día las cenizas del privilegiado compositor, cuya memoria venera el mundo músico. Se han hecho con ese motivo varias informaciones sumarias que han dado los resultados mas satisfactorios. Habrá por fin para Mozart un monumento digno de su renombre, y el olvido del ingrato siglo en que tanto brilló tendrá su justo correctivo.

El malogrado compositor (murió á los 36 años) habia adquirido los primeros gérmenes de su enfermedad en Praga, donde habia acudido con motivo de la coronación del Emperador Leopoldo II. Falleció en la miserable habitacion de una casuca edificada en el mismo sitio donde posteriormente se ha construido un magnifico edificio conocido con el nombre de Mozarthof, que ostenta sobre su fachada el busto del grande hombre cuyas facciones se han conservado fielmente, gracias al conde de Deym, que tuvo el cuidado de vaciar en yeso las facciones de Mozart pocas horas después de muerto.

Explicacion de los modelos de tapiceria que acompañan al presente número.

N.º 1.—Cubierta para una cartera de caballero.

N.º 2.—Fondo para el tapiz de una mesa de gabinete.

N.º 3.—Guarnicion que se presta á toda clase de bordados de esta especie.

N.º 4.—Relojera de pared.